

Carlos Blanco

CANTO A LO DESCONOCIDO

Poesía
filosófica

CANTO A LO DESCONOCIDO

Carlos Blanco

CANTO A LO DESCONOCIDO

ARS  POETICA

Carlos Blanco

CANTO A LO DESCONOCIDO

Poesía filosófica

Prólogo de Ilia Galán

colección
| ARS NOVA |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Canto a lo desconocido

Carlos Blanco

Colección: ARS NOVA

Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2017 Carlos Blanco

© 2017 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.

[Sociedad editora]

Palacio Valdés, 3-5, 1º C

33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)

Tel. administración: (+34) 985 792 892

Tel. pedidos: (+34) 984 701 911

info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: diciembre, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947944-2-1

ISBN (edición digital): 978-84-947944-3-8

Depósito Legal: AS 03730-2017

Impreso en España

Impreso por Quares

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Our minds are finite, and yet even in these circumstances of finitude we are surrounded by possibilities that are infinite, and the purpose of human life is to grasp as much as we can out of that infinitude.»

ALFRED NORTH WHITEHEAD

DESCONOCIDO CANTO AL TODO

por Ilia Galán

La filosofía comenzó en la poesía, y así lo vemos en algunos de los grandes precursores de esa disciplina mental que luego pretendería lograr el rango de ciencia, como Parménides o Empédocles, pero también en la escritura aforística de Heráclito, los diálogos o guiones teatrales de ideas de Platón y el pensamiento de Lucrecio expuesto en verso para divulgar a Epicuro. Eran amantes de la sabiduría, pero luego esos amantes se convirtieron en celosos esposos que esposarían a la esposa y con cadenas de rígida razón, con silogismos, pretendieron desarrollarla durante siglos, aunque en numerosos pensadores se escapaba la literatura, la madre del pensamiento, el mito que propicia todo símbolo y que luego se desenvuelve de modo más o menos racional o sentimental.

Aquí tenemos un ejemplo de un filósofo puro, como Carlos Blanco, a quien tuve la suerte de conocer en la

Universidad de Harvard y con quien he hallado en muchos encuentros de nuevo la alegría y el entusiasmo por el saber, pues sin duda alguna se trata de un gran amante, apasionado, del saber y un buscador incansable de sus raíces, de sus causas primeras, pero también de las últimas y las que entre unas y otras median.

Muchos desconocen que escribieron poemas Tomás de Aquino, Llull, Rousseau, Voltaire, Lessing, Hegel, Nietzsche o Heidegger, Miguel de Unamuno, María Zambrano y tantos otros. Pero en el caso español a menudo se escapa a la mirada académica que la mayor parte de la filosofía española está escrita en forma literaria, como vemos en Jorge Manrique, en *don Quijote* con Cervantes o en el *Castillo* de Teresa de Jesús y los textos de San Juan de la Cruz, entre muchos otros, como bien señalan tantos estudiosos.

En el caso de Carlos Blanco nos encontramos ante un prototipo de español que sabe navegar en el libro académico o en el texto para eruditos pero que también hace novelas filosóficas o filosofías noveladas y textos híbridos, incluso con algunos versos, como en su *Athanasius*. En realidad, Carlos Blanco viene a ser un mirlo blanco, una excepción que tiene el afán de ser el Mozart de la filosofía, ya que nos hallamos ante un genio que hablaba ya con siete meses de edad o leía a los dos años. Egiptólogo a los once años, estudioso de egipcio y sumerio, sería así el más joven de toda Europa, y por eso empezó a dar conferencias a los once años, mientras estudiaba numerosas lenguas y la televisión enfocaba a este joven que dispu-

taba con profesores y expertos, recordando el pasaje de Jesús de Nazaret disputando con los doctores y sacerdotes del Templo de Jerusalén.

Este joven que se arrojaba a todos los conocimientos a su alcance, con ansia infinita, comenzó la universidad con quince años y estudiaría las carreras académicas de filosofía, teología y química, para doctorarse luego en las dos primeras. Es decir, tenemos el paradigma de amante de la sabiduría que parece usar de brebajes alquímicos para adentrarse en nuevos mundos con su mirada y su bisturí de letras fundidas que su alma a menudo emplea para cortar el velo de la oscuridad más impenetrable.

Con los años, llegaría a ser profesor de universidad y miembro de varias academias internacionales de ciencias y artes. Hasta ahora, este joven que se estrenaría con un libro sobre *El nacimiento de la civilización egipcia*, a los trece años de edad, ha publicado con los años diversos libros sobre *Mentes maravillosas que cambiaron la Humanidad*, y bien se ve con algunos de sus títulos: *Leonardo da Vinci o la tragedia de la perfección*, *Copérnico*, *Leibniz*, o textos para emplear mejor las capacidades intelectuales. Pero, sin duda, el peso más grave de su labor intelectual se ha centrado en sus libros de teología y filosofía, y últimamente, también de la relación de la filosofía con la neurociencia y con un especial empeño en la creatividad. Fascinado por *La belleza del conocimiento*, ha buscado adentrarse en terrenos híbridos de pensador y dramaturgo, de novelista filosófico, como Friedrich Schiller o Jean Paul Sartre hacían,

pero ahora se nos presenta también con un texto de «pura poesía».

El filósofo poeta publica aquí un texto en absoluto común en el panorama actual de los versos, con estilo a veces narrativo pero grandeza de profeta, energía que parece venirle de su entusiasmo infinito insuflada por el mismo Infinito de los infinitos. Sin duda, desdeñoso con los usuales cuidados formales en el arte actual del verso y sin preocuparse de las superficies que dejan sus vocablos, lo que le importa es la sabiduría que desvela con su amor y éste es tal que en ocasiones logra hacernos vibrar al impregnarnos de su entusiasmo, de su divina pulsión por saber. Lo que le importa es saber, pero aquí, usa más que la razón, la intuición y hasta deja lugar al sentimiento pues ama, apasionadamente, el Amor que da luz, sabiduría hermosa como un bien supremo.

Quienes en el mundo de la poesía española de la experiencia, de lo cotidiano, se encuentren con algunos de sus estrofas más filosóficas, casi desnudas de metáfora (otras veces enérgicas y henchidas de sugerencia) no olviden los versos de otro clásico de la poesía árabe, Rumi: «Poco a poco desde el mundo del ser y del no-ser, los no-seres han partido y los seres están llegando.»¹

Si Carlos canta a lo desconocido es porque sigue mirando detrás del velo de Maya a fin de descubrir, de hacerlo

¹ Yalal al-din Rumi, *Poemas sufíes*, Madrid, Hiperión, 2008, poema 14, pág. 27.

conocido o de señalarlo, arrancando los vestidos de su amor, forzando su encuentro mientras huye por los infinitos espacios.

Así leemos en su canto primero una invocación al Ser del Conocimiento, como si fuese otro Zaratustra que baja de la montaña, iluminado, a entregarnos su descubrimiento más íntimo:

«Tú que escrutas los confines más recónditos
me has revelado un secreto:
allí donde se concitan todas las verdades»

El vate metafísico reconoce cómo: «mi amada luz a veces me ciega», tal es su pasión para meterse en el interior del sol a descubrir con su mente todo lo que pueda.

«Es allí donde claman mis voces más íntimas,
porque sólo allí encontrarían
el santo grial que siempre han buscado,
la palabra que todo lo acogería
en su seno anchuroso, infinito, inasible.»

Misión sagrada, como también las facultades que emplea, otorgándoles la más alta estima:

«Imaginación sagrada,
hija de lo indecible»

Lo que en un filósofo como él es mucho, tanto que hasta se atreve a decir, y no como Luckács, adiós a la razón, pero solo temporalmente, como en Descartes su duda metódica operaba para suspender todo hasta encontrar lo seguro. Aquí suspende la razón para sentir, y siente entre sus versos:

«Adiós, razón,
deja que me entregue al sentimiento
por unas pocas horas,
minutos infalibles del espíritu,
pues luego volveré a consagrarme
a tu servicio.»

Luego se nos desvela que el motivo está impregnado de una voluntad amante, y su programa es claro, unir el mundo de la fantasía y el universo lógico, recuperando lo que murió, escarbando entre las tumbas de un pasado nostálgico:

«También te amo,
pero ahora debo penetrar
en los dominios de Minerva,
de una sabiduría verdadera
que hermane imaginación y lógica,
pontífice eterno entre el hombre y el deseo.

Es el sentimiento el que llama
a las puertas de mi espíritu,

y me revela la sabiduría
de mundos fenecidos
y nostalgias pretéritas.»

Y es que percibe la fusión de cada ser contingente y limitado en la totalidad, que es quien canta a través de su garganta y a la vez es cantada.

«Todas las finitudes se disuelven
en este océano sagrado
donde sólo cantan los que buscan,
los que buscan lo eterno y escondido,
el infinito que todo lo subsume
en su espacio de plenitud.
Asciendo sin dolor a la cima
que tutela todos los campos de la imaginación;
cóndores blanquecinos
inundan sus cielos,»

Como un poeta engendrado en el seno del Idealismo Alemán, amamantado por Schelling, recuerda aquellos tiempos en que Friedrich Schlegel decía que en esa Alemania romántica hasta los perros ladraban al infinito:

«Ahora todo es infinito,
y ni siquiera la luz alcanza»

Y no llega la luz porque es noche oscura, pero más que como una noche al estilo de San Juan de la Cruz, al estilo

de la de Novalis, una noche donde la Naturaleza divina diviniza a quien la invoca.

«¿He de amar los dorados rayos del día,
si la noche me bendice con una claridad nueva,
con los regios mensajeros que sólo apelan al espíritu
en la más bella de las soledades,
cuando todo parece detenerse para contemplar
el rostro del silencio?»

El filósofo que arroja la razón para mirar a los seres aquí prefiere el silencio para contemplar también con el corazón, bendiciendo esa oscuridad como el autor de los *Himnos a la noche* pero a la vez también como uno de sus *Discípulos en Sais*, buscando caminos no trillados:

«Gloria a quienes sueñan con anuncios vedados;
yo os acompañaré por estas rutas insondables
que sólo despuntan cuando reina la noche
y dormitan los heraldos de la luz,
porque hoy se transfigura mi espíritu
al son de este canto de reverberaciones puras,
y todas las esperanzas que he albergado
se derraman en las vastedades del universo
como rocío libre y generoso
que no conoce fronteras o prohibiciones.»

Como ese grupo entusiasta que plantara el árbol de la libertad en los campos de Tubinga, celebrando con bailes

la Revolución Francesa (Hölderlin, Schelling y Hegel),
Carlos Blanco no quiere detenerse ante ninguna valla o
muro puesto por hombres, sacerdotes o semidioses:

«Sólo proclamas libertad,
libertad para imaginar y sentir
lo que siempre deseamos,»

Aunque es consciente de nuestro temible inconsciente,
es también valiente y arrojado:

«El hombre teme la tenebrosa noche
porque se teme a sí mismo,
teme la palabra que sólo resuena
en el fervor de un alma profunda;
yo no te temo: te alabo»

Pues habla como un orante a esa luz de la que forma
parte, devoto:

«Sé que eres la luz con vestimentas nuevas;
sé que eres la misma claridad
que roció mi rostro con sus gotas de fulgor.

Sé que eres el todo,
y que soy parte de ti,

de tu esencia,
mecido en tu regazo,»

Los ecos de Eichendorf resuenan entre sus cantos fáusticos:

«¡Noche, noche que asumes el testigo del día
cuando la luz ha de reposar en este mundo
y visitar otras provincias del universo!»

Y ese Ser al que alaba, esa sabiduría a quien se refiere de modo personal parece entregarle tanto que el mismo profeta se entrega con metáforas propias de la mística, celebrando esponsales y declarándose siervo, como María, la madre de Jesús en el *ángelus*, pero aquí no hay rastro del ángel, aquí hay Metafísica alegre, vivida:

«Siervo tuyo quiero ser,
y a tu misterio entrego mi imaginación
en estos hermosos lazos esponsales
que sólo tú sabes propiciar

que sólo la luz redime
cuando se funde con lo oculto.

Rasgaré tu velo,
puro y místico,
y deleitarás mi espíritu
con alegrías insospechadas»

El canto segundo nos habla de la extensión de esa mirada sobre el Ser engendrador o creador, buscando sus ras-

tros, como Novalis o San Buenaventura, aprendiendo a leer los signos de la natura:

«Contemplo todos tus prodigios,
tus infinitas construcciones,
que llenan la Tierra y rozan el cielo,
la estela de tus descubrimientos,
las inagotables ideas que palpitan en tus obras...»

Pues su afán no está en dejarse reposar en la vida fácil, sino que luchará como un titán, por eso no pide una reducción, un bajar el nivel, sino un ascender:

«No hagas descender el cielo;
eleva la tierra.»

No es común este tipo de versos en una sociedad tan acomodada como la nuestra. Su canto tercero nos muestra las miserias humanas atadas por el absurdo:

«La humanidad es esclava
del candente sinsentido;
¿cuándo brotará
la corona de sus sueños?»

Pero Blanco es un impulso esperanzado, hay posibilidad de avanzar y ver, de hallar sentido:

«Busca;
no desistas,
porque crearás lo que persigues».

Los trascendentales los hace propios, como modos de mostrarse del Ser que penetra todos los seres, por encima de las diferencias formales o externas de creencias, hasta el punto de que el canto cuarto tiene también una declaración de principios:

«Todo cuanto refleje sabiduría, amor y belleza
lo siento como mío.

Poco me importan credos,
culturas o tradiciones:
yo busco lo universal
que trasciende todas las fronteras.»

Transcender fronteras, crear más, mejor, saber más, mejor, avanzar, crecer, es el impulso humano que desarrolla su especie en un conjunto, pero quién sabe lo que llegará a saber:

«Humanidad,
(...)
Conozco tu origen,
tu desarrollo,
tu arduo ascenso
hacia cimas ignotas,
pero ¿qué conozco de tus posibilidades,
de tu ingenio tendido al infinito?»

A veces hay concesión a las mordidas agnósticas, pero aunque sea imposible, el afán de hallar sentido es sustancial, como en el canto nono:

«El mundo quizás no tenga ningún sentido,
pero la mente nos obliga a buscar un sentido,
(...)
Somos siervos de la mente»

Pero ante la servidumbre, halla la poesía como salvación, la metáfora que nos abre a otros modos de interpretar o sentir el sentido:

«de la libertad que nos entroniza
como seres únicos y poemas nuevos.»

Al símbolo de Dios, el Sol, acude pidiendo que podamos dominarnos y superar el necio dolor:

X

«Sol invisible:
abrsa este universo de dolor,
irradia el haz de un mundo nuevo
que funda conocimiento y amor,
para conquistar nuestra propia alma.»

E impele a los inseguros a luchar, con tintes morales:

«a quien no se conforma con lo dado,
conságrales tu entusiasmo,»

Y así dice, conmovido, para conmovernos:

«Llena con tus lágrimas
el cáliz de cuantos se esfuerzan
por mejorar el mundo,
y forjarás la copa de la bienaventuranza.»

El tono recuerda a menudo el del *Hiperión o el eremita en Grecia*, de Hölderlin, pero con modos actuales de escritura, con más carga de conceptos, de filosofías, aunque en el canto XII pida:

«la intuición que consagre
la Tierra y el cielo.»

Allí donde la razón parece sin alcance, se levanta con claros signos de titanismo, como en el canto XIV, logrando así otra modalidad de poesía épica:

«Yo trenzaré una corona eterna
con las ramas deshojadas de la humanidad;
(...)
¿Quién me ayudará?
Sólo la esperanza;
sólo la pasión renacida
en noches de desvelo;
sólo cuantos buscan lo imposible;
sólo quienes anhelan fundir
todas las provincias del espíritu;»

La tarea del héroe romántico busca compañeros, pero si no los hallare, seguirá su camino en medio de la noche, en busca de las estrellas, según leemos en el canto XVI:

«Anhelos que pernoctan en la imaginación,
en el dolor recóndito de quien busca.»

Para luego clamar a gritos su plegaria ontológica:

«¡Enseñadme nuevos sentimientos;
ampliad mi mente y sellad mi destino
en esa apertura a lo infinito!

No ceséis de espolear mi deseo herido,
porque sólo si continúo embarcado
en esta búsqueda angustiosa
descubriré quién soy...»

Sólo abriéndose al Infinito puede descubrir quién es el herido poeta, azotado por el deseo, pero esto no es nuevo, como admite en el canto XX:

«es la eterna misiva
que sólo escuchan
quienes aman la belleza pura.

Despierta en los otros
los mejores sentimientos
y florecerá en ti la felicidad.»

Poemas que a veces se tornan sentencias o toman el estilo de los aforismos, azotando al lector, increpándole como el Zaratustra del filósofo del martillo:

«La sabiduría y la bondad
no conocen fronteras.

Has llegado para difundir luz,
(...)
a una humanidad nueva.»

Hay obligación de predicar la buena nueva, el saber, de extenderlo, como reconoce el canto XXI:

«apóstol de redenciones nuevas.

Y decidiste volver a la Tierra,
decidiste fundir tu alma
con un mundo que antes rechazabas,»

Pues la sabiduría vivida permite la reconciliación cuando se entrega uno a darse a los demás y así:

«En ese instante las noches
amanecieron como días,»

Nicolás de Cusa también lo entendió como Carlos Blanco pretende:

«y todos los opuestos convergieron
en lo que une y no divide.

Tus lágrimas más bellas
regaron desiertos y planicies».

E incluso dedica, este filósofo tan entregado a la razón,
un buen lugar al voluntarismo que lucha por saber:

«Todo lo que impulse tu voluntad
ha de ser alabado».

Incluso el deseo, no sabemos si a veces mezclado con la
voluntad o la voluntad como deseo, a lo Schopenhauer, es
encomiable en este texto:

«Con cada deseo se crea un mundo,
se renueva el hombre».

A veces conmueve ese atrevimiento cuando pregunta:
«¿Has descubierto ya tu destino?», pero pronto nos lo ex-
plica:

«Tú has de continuar,
tú has de esculpir
un nuevo reino para el espíritu.»
(...)
para crear lo que aún no existe
en la imaginación del hombre.

(...)
y sólo busca amor,
un amor puro y salvífico.»

La voluntad no es aquí sólo un loco deseo y tiene más cercanía con el sufismo que emana de Rumi:

«Si no conoces el Amor, interroga a las noches,
pregunta a la pálida mejilla y a la sequedad de los
labios.

Igual que el agua habla de las estrellas y la luna, así
las formas físicas hablan del intelecto y el espíritu.

Del Amor el alma aprende un millar de clases de
cultura, tal cultura no se halla en las escuelas.

Entre un centenar de personas, el amante destaca
tan claro como la brillante luna en el cielo entre las
estrellas.

La mente, aunque informada de todas las doctri-
nas de las sectas, no sabe nada y se queda perpleja
ante la doctrina de Amor.»²

El fin del saber es también amor, porque sabiduría es un
ser amoroso, fundante, y se explica por su impulso recon-
ciliador en el canto XXIII:

«Es amor
el fuego que exhala

² *Ibidem*, poema 20, pág. 33.

quien busca conocer,
quien suspira por crear lo nuevo,
la faz de cuanto pugna por existir;»

El canto XXIV nos aclara que esto es una creación o ampliación de lo existente, que no sólo expande un frío pensar, sino que está amorosamente tejido, aunque el conocerse del mundo a través de este profeta recuerda a Hegel, cuando habla del Absoluto que en su propio desplegarse como mundo se conoce a sí mismo:

«Para ampliar lo dado.
¿Qué es lo dado?
Para expandir el pensamiento.
¿Sólo el pensamiento?
Para diseminar amor y sabiduría.

¿Te escucharán los astros silentes?
Para erigirme en conciencia del firmamento.»

Y ya al final se ve qué es lo que más valora este vate:

«No hay mayor honor en este mundo
que descubrir una ley del universo
y forjar un pensamiento nuevo.»

Con afán de sistema, de crear una nueva filosofía y literatura a la vez, Carlos Blanco termina mostrando sus car-

tas, sin pudor, pues quiere unir la poesía y la filosofía que enhebra argumentos:

«Funde la belleza de la palabra
con la profundidad del concepto.»

Se diría que este pretendiente a Mozart filosófico puede atribuirse el puesto de Rumi:

«Mi lugar es el sinlugar, mi señal es la Sinseñal.
No tengo cuerpo ni alma, pues pertenezco al alma
del Amado.

He desechado la dualidad, he visto que los dos
mundos son uno; Uno busco, Uno conozco, Uno
veo, Uno llamo.

*Él es el primero. Él es el último. Él es el exterior. Él es
el interior.»³*

³ *Ibidem*, poema 32, pág. 45.